

# Atenea

CIENCIA, ARTE y LITERATURA

481-482

- Romand Rolland · Amanda Labarca · Dámaso Alonso · Gonzalo Rojas
- Roberto Fernández Retamar · Alone · Ricardo Latcham · Mariano Latorre
- Luis Oyarzún · Nicanor Parra · Volodia Teitelboim · Gabriela Mistral
- Arturo Alessandri · Alberto Baltra · Guillermo Fliu · Enrique Molina G.
- Hernán Santa Cruz · Leopoldo Mitzioti · Antonio Camurri · Argeo Angiolani
- Juan Perello · Alcibiades Santa Cruz · Desiderio Papp
- Alejandro Lipschutz · Bruno Gunther



# LAS IDEAS DEL MOVIMIENTO LITERARIO DE 1842\*

Ricardo A. Latcham\*\*

CUANDO SE ESCARMENA el movimiento intelectual de 1842, se incurre en un error que brota de una perspectiva falsa. Las ideas difundidas a la sombra de la Sociedad Literaria, establecida en ese año señero, no se produjeron por generación espontánea sino que resultan de la síntesis de varios precedentes que, a veces, contrastan en su contrapunto engañoso. El principal animador de la Sociedad Literaria, don José Victorino Lastarria, más de algo debió a la tesonera obra de don José Joaquín de Mora, cuyo alumno fue en el Liceo de Chile. Mora había expresado en el prospecto de su institución que “se explicaría en el establecimiento el tratado de ideología de Destutt de Tracy, instruyendo al mismo tiempo al alumno en las opiniones principales de Platón, Aristóteles, Descartes, Malebranche y la escuela de Escocia”. Don Miguel Luis Amunátegui, glosando el programa de Mora, dice que prevaleció en su enseñanza la doctrina de Laromiguiére<sup>1</sup>.

Lastarria entró a la Academia Militar, anexa al Liceo de Chile del gaditano Mora, en calidad de cadete del Regimiento de Cazadores de a caballo, más o



Ricardo A. Latcham.

\*Artículo publicado en *Atenea* N° 203, 1942.

\*\*RICARDO A. LATCHAM (1903-1965): Chileno, crítico literario en el diario *La Nación*, ensayista, autor de *Escalpelo* y otras obras.

<sup>1</sup>Miguel Luis Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora*, Santiago, 1888, p.168.



menos por el 15 de agosto de 1829. La influencia de Mora en Lastarria se puede ver de un modo directo y a ella nos podemos dirigir al investigar las lecturas que hacía el autor de los *Recuerdos Literarios*, en 1838<sup>2</sup>.

Es indudable que Mora resalta como escritor medularmente neoclásico y adicto a lo que en su época se designaba como “la filosofía de las luces”, cuyos orígenes los modernos investigadores de la ciencia llaman “el iluminismo”.

Ciertos rasgos intelectuales de la primera etapa de Lastarria se confunden con otros que percibimos en los escritos literarios de Mora. Desde luego ese culto de las luces es un tópico de los neoclásicos y de sus seguidores, los románticos políticos. La admiración de Mora a hombres representativos del “espíritu de las luces” como Bernardino Rivadavia en Argentina y don Francisco Antonio Pinto en Chile, es característico de su temperamento. Por otra parte, don Ventura Marín llamaba a Pinto en un discurso leído en la Academia de Leyes y Práctica Forense “el protector de las luces” y el “padre de la juventud estudiosa”.

Mora dijo, más tarde, en un artículo polémico, publicado en enero de 1829 contra las ideas peluconas: “Si nos descuidamos, ¿Locke, Condillac, Destutt de Tracy, Stewart, tendrán sucesores entre nosotros? No por cierto.

Las doctrinas tan tenebrosas y embrolladas, como las argucias escolásticas, de los ultramontanos, se radicarán en Chile en el siglo de las luces; y los sueños de los iluminados ocuparán el lugar majestuoso de las ciencias exactas en una república americana que ha sabido preservarse de los horrores del fanatismo tanto religioso como político; el jesuitismo y el federalismo. (*El Mercurio* de Valparaíso, 21 de enero de 1829).

El neoclasicismo de Mora se vertió en muchas poesías y en sus ideas sobre la pureza que debía tener el castellano en que ejerció una visible influencia sobre dos de sus alumnos, por lo menos: Lastarria y José Joaquín Vallejo (Jotabeche).

Mora era gran lector de Capmany y Monpalau, que escribió una famosa *Filosofía de la elocuencia*, de Meléndez Valdés, de Quintana, de Hermosilla, de Jovellanos y de otros neoclásicos hispánicos. La famosa polémica con don Andrés Bello tiene mucho de superfluidad erudita. Ambos amaban las decorosas formas del castellano y se ocupaban seriamente en su estudio bajo la pauta de severos modelos. Si en Chile hubiese prevalecido Mora, que fue desplazado por el triunfo conservador en la batalla de Lircay, que ascendió a Bello, es seguro que el rumbo de los estudios no habría roto con la tradición castellana. De ahí que es importante precisar la acción que pudo tener en las

<sup>2</sup>“Papeles inéditos de don José Victorino Lastarria”, en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 25, 1917.

lecturas de Lastarria, cuya biblioteca en 1838 arroja un inventario favorable a las predilecciones intelectuales de Mora. Los elementos neoclásicos del pensamiento literario de Lastarria son fundamentales. Leía, en 1838, al duque de Rivas, cuyo poema “El moro expósito” se publicó en 1834, a Martínez de la Rosa en su *Poética*, editada por Julio Didot en 1827, a Samaniego y a Iriarte, los famosos fabulistas; a Alberto Lista, de quien poseía las *Poesías*, mezcla de colorido sevillano y de filantropismo enciclopédico en *El triunfo de la tolerancia*.

Lastarria conoció también el indispensable *Arte de hablar*, de Hermosilla; la *Filosofía de la elocuencia*, de Capmany, que recomendaba Mora; la *Ortología* de Bello, la *Gramática castellana* de Mora, el *Diccionario de sinónimos* del abate José Marchena, las *Poesías* de Martínez de la Rosa, las obras de Meléndez Valdés, las de Moratín, la *Retórica* de Blair, las *Noches lúgubres*, de Young; las *Lecciones de elocuencia* de Marchena, el *Yvanhoe* de Walter Scott, las *Obras sueltas* de José Joaquín de Mora, el *Curso de literatura*, de La Harpe y la *Elegancia castellana*, de Garcés.

Prevalecen entre los libros que leía Lastarria, en 1838, los neoclásicos y en mucho menor escala los románticos puros que a veces, como en el caso de Martínez de la Rosa, se equilibraban entre el clasicismo y el romanticismo. Entre los escritores franceses, Lastarria conocía a Benjamín Constant, a Montesquieu con su *Espíritu de las leyes*; a Destutt de Tracy, a Rousseau con *El contrato social*, a Lammenais con las *Palabras de un creyente*, y a Madame de Stael en su libro *De la literatura considerada en sus relaciones con la sociedad*. Los ingleses y norteamericanos estaban representados en sus lecturas por Bentham con su *Tratado de legislación*, por Robertson con su *Historia de América*, publicada en 1777, por Walter Scott, por Cotter y por Jefferson, cuyo *Manual de derecho parlamentario* leyó.

Creemos, por las razones que dimanaban de una lectura atenta de Lastarria, que su romanticismo tuvo un carácter más político que literario. Recuerda Sarmiento que cuando se produjo la polémica literaria de 1842 (la primera) llegaba a Chile la primera oleada del romanticismo con el natural retraso que agudamente indica en algún artículo de combate. Ya el teatro, con pasaderos actores, repetía aquí el *Hernani* de Víctor Hugo que según crítico actual mostró “un desaforado subjetivismo”, la “hipertrofia del yo” y “una singular aberración de la originalidad”, muestras singulares de la psicología romántica<sup>3</sup>. Dominaba sin contrapeso en las aulas chilenas el purista español Hermosilla, ídolo de Mora y de Bello, que en mucho siguió Lastarria en su culto a la pureza del idioma castellano. Víctor Hugo fue conocido también por el *Podestá de Padua* y por otras piezas teatrales<sup>4</sup>. Rafael Minvielle

<sup>3</sup>Ricardo Baeza. “La batalla de Hernani”, en la *Revista de Occidente*, Tomo XXX, 1930, pp. 224-249.

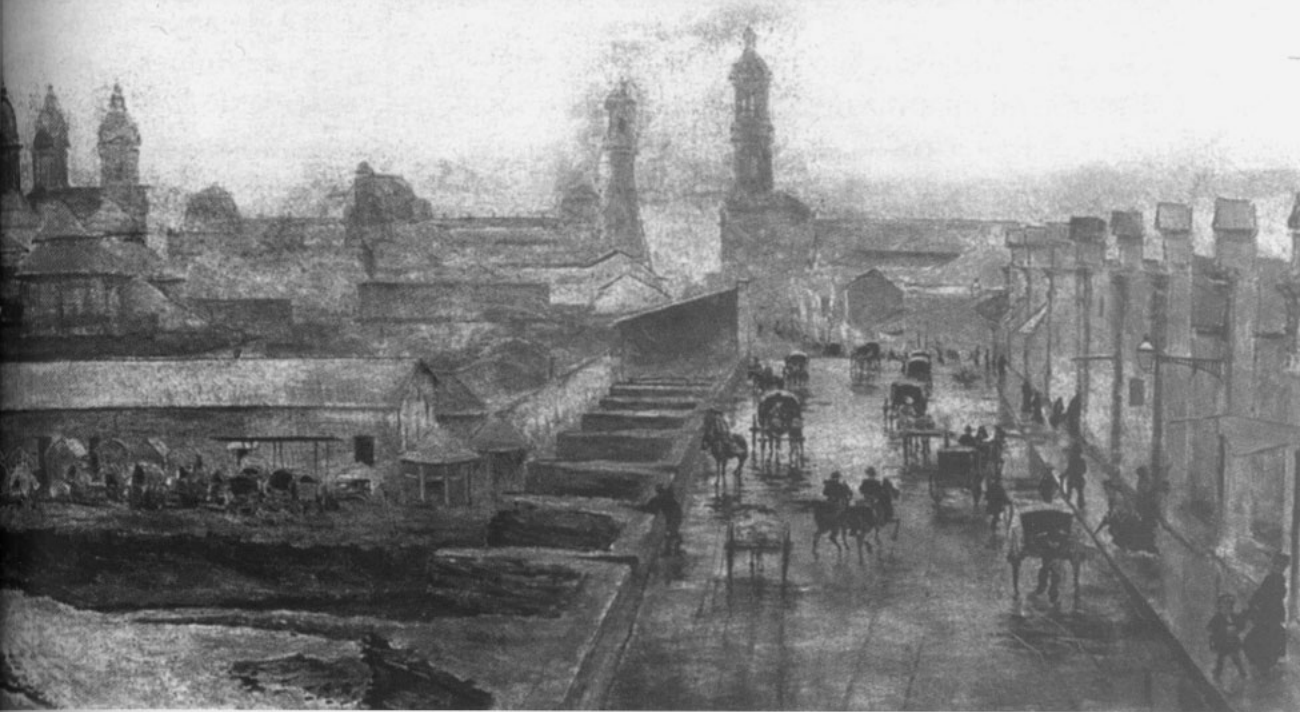
<sup>4</sup>*Obras de D. F. Sarmiento*. Tomo I, Santiago, 1887, p. 332.

tradujo el *Hernani* de Víctor Hugo, que se representó el 29 de enero de 1843 en el beneficio del actor Jiménez. Es curioso anotar de paso, la influencia de Andrés Bello en la difusión del romanticismo en el teatro que se representaba en Santiago y Valparaíso. Aquí percibimos un toque de equilibrio en el temperamento literario del autor de *La oración por todos*. El clasicismo de Bello trataba de asimilar lo útil del romanticismo para enriquecer a las letras nacionales.

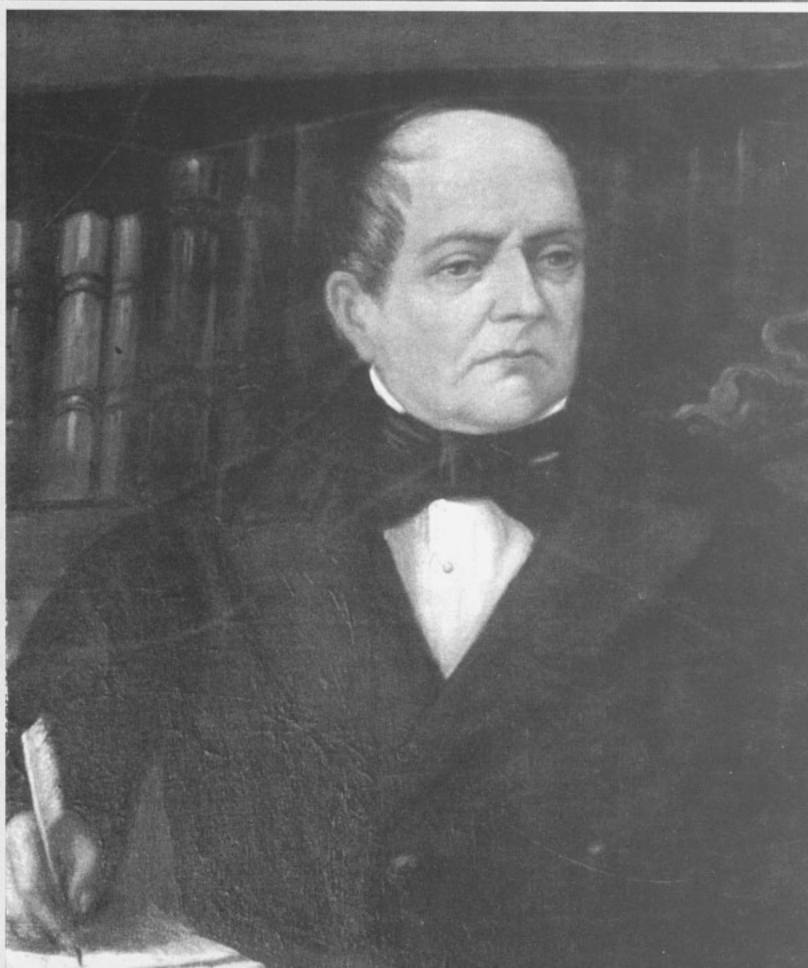
El romanticismo tocaba mejor las cuerdas sensibles del público por el vehículo escénico, más adecuado a la cultura media. Por esto casi todos los escritores de importancia no rehuyeron la crítica teatral que, como otros tópicos, provino de la imitación de Mariano José de Larra. José Victorino Lastarria ensayó este género de gacetillas sin revelar el dominio de Sarmiento, más avezado al enfoque directo de los problemas del teatro. Queda aún por ahondar este asunto, o sea la acción insurgente de Larra contra la teoría de la tres unidades grata a Hermosilla. Larra se sintió dos veces interesado ante la figura mítico-histórica del poeta Macías, muerto de amor, víctima de una pasión adúltera y símbolo de sus personales congostas ante Dolores Armijo. La importancia de tal aspecto en Larra fue realizada por Sarmiento en las siguientes palabras: “Poeta dramático a la par de juicioso crítico ha analizado muchísimas de las piezas originales españolas que se representan en nuestros teatros, y no pocas de las traducciones francesas con que nos favorecen a menudo buenos traductores o detestables copistas, de manera que sus críticas del teatro son tan prácticas o tan convenientes aquí como allá, dándonos reglas de buen gusto, sin pretensiones clásicas, sin desenfreno romántico, no siendo menos importante la pureza, gala y armonía del idioma, del que sus escritos pueden ser reputados como un modelo digno de imitación, en países como los nuestros en que la lengua necesita purificarse de los vicios que a cada paso encontramos en las asalariadas traducciones francesas. Inútil es decir que los otros géneros de poesía que en su tiempo han visto la luz, no han escapado al examen severo de este implacable e imparcial aristarco”. El influjo de Larra también se patentizó en el copiapino Jotabeche, pero es un aspecto que tocaremos al estudiar a los que se inspiraron en *Figaro* como modelo del género costumbrista. Porque hay dos vetas claras en la acción de Larra sobre los escritores americanos y chilenos: como crítico de teatro y como costumbrista. Jotabeche decía en una carta del 10 de marzo de 1843: “Adoro a Larra y rara vez me duermo sin leer alguna de sus preciosas producciones”.

Antes que la Sociedad Literaria de 1842 condensara las inquietudes de la generación llamada a renovar la literatura chilena, el teatro fue uno de los escasos instrumentos de cultura en un medio relativamente pacato y conservador.

Con anterioridad a Víctor Hugo, Alejandro Dumas había sido representado en Santiago. Don Andrés Bello tradujo el drama *Teresa*, de Alejandro



Vista de Santiago del s. XIX



Andrés Bello

Dumas, que tenía cinco actos y fue escenificado en Santiago, en noviembre de 1836. Es el primer indicio que hallamos de la literatura típicamente romántica en el teatro. Otro drama en cinco actos de Dumas, *El alquimista*, fue traducido por Juan Bello y se representó en Santiago el 1 de septiembre de 1846.

También se había representado en el beneficio del famoso actor Casacuberta, el drama en cinco actos *Antonino*, original de Alejandro Dumas y traducido libremente por don Rafael Minvielle. En 1843 se representó *La cartera*, drama de Burgeois y Deurney, traducido también por Rafael Minvielle. Cuando en agosto de 1841 se dio a conocer al público santiaguino *La nona sangrienta* en una traducción del francés, que tenía descuidado hasta el título, Sarmiento desarrolló algunas de sus ideas sobre el teatro que hallamos interesantes para conocer el ambiente de la época.

Antes, el 7 y el 22 de julio de 1841, había comentado el atraso del teatro santiaguino y *Un desafío*, drama de Larra. El 6 de agosto del mismo año, Sarmiento glosó una pieza teatral titulada *El último sainete*, pero como no había diario alguno en la capital no tenemos mayores noticias de su autor y calidad. Sarmiento, por otra parte, no da noción alguna de quién escribió esa obra.

Al comentar *La nona sangrienta*, Sarmiento nos ilustra bastante acerca de lo que piensa del teatro. Dice: “Sea de ello lo que fuere, el drama romántico es el protestantismo literario. Antes había una ley única, incuestionable y sostenida por la sanción de los siglos; mas vino Calvino y Lutero en religión, Dumas y Víctor Hugo en el drama, y han suscitado el cisma, la herejía, de que nacieron después al deísmo y el ateísmo, y el romanticismo en el arte, del que, cuando el caos se desembrolle, veremos salir en materias de teatro, ortodoxos, puritanos, cuáqueros, unitarios y metodistas. ¿Y qué hacer, pues? ¿Habrá de recurrirse a una inquisición? Pero este medio ha caído en desuso y los gritos de los clásicos, como las hogueras de aquélla, no podrán contener la marcha de las ideas, pues que la importancia de la reforma ha sido demostrada hasta la saciedad...”<sup>5</sup>.

En este importante artículo, que es un anticipo de la famosa polémica literaria de abril de 1842 por las ideas renovadoras sustentadas allí por Sarmiento, él dijo que no era clásico ni romántico. Pero, en realidad, su simpatía estaba por los innovadores, cuya técnica teatral explicaba y comprendía cabalmente.

De todo este fervor teatral surgieron algunas piezas originales. Lastarria hizo una comedia en un acto, que se titulaba *¿Cuál de los dos?* Se publicó de folletín en *El Siglo* y no añade prestigio a su autor. El 28 de agosto de 1842, se representa el drama *Los amores del poeta*, de Carlos Bello. Sarmiento lo comenta en *El Mercurio* de Valparaíso del 1 de septiembre. Lo califica de prólogo de “la naciente existencia de una literatura nacional”.

<sup>5</sup>Obras de D. F. Sarmiento. Tomo I, p. 108, Santiago, 1887.



Ya se ven brotar las ideas americanistas de Sarmiento que echa en cara a Bello haber situado la escena del drama en Francia y no en Chile y colocar su acción entre franceses y no entre americanos. Dice el crítico: "Tributo que sin pensarlo pagaremos largo tiempo a la literatura de aquella nación, de donde sacamos nuestro más substancial alimento; prueba más que irrecusable de que el día que se alce en nuestro horizonte el astro de la verdadera literatura nacional tardará mucho todavía. Nuestra civilización es europea; pensamos y sentimos con cabezas y corazones europeos. El duelo francés, el Napoleón y las guerras francesas, nombres y costumbres francesas, forman el lazo y los nudos que atan esas varias escenas de *Los amores del poeta*. ¿Por qué consagrar lo más florido de nuestros pensamientos para revestir con ellos a una nación que desdeñaría nuestros aplausos mismos? ¿Por qué trasladarse a un suelo extranjero a sentir y manifestar las más dulces emociones que pueden agitar un corazón noble? ¿Por qué, en fin, desdeñar esta tierra que también tiene flores que coger, si bien un tanto agrestes, pero que elegidas con discernimiento pueden servir para entretejer muy bellas y vistosas guirnaldas?..."<sup>6</sup>

No dominaba el reparo en el estudio de Sarmiento, porque, a continuación reconocía a Bello que su lenguaje tenía la naturalidad y el desaliño artístico que convenía al drama, y toda la armonía, al mismo tiempo, de una prosa poética. La composición o el esqueleto del drama, le parecía al crítico cuyano, sencillo y americano en un aspecto curioso: no tenía la complicación de sucesos, ni la sutileza de las intrigas que forman la vida de las sociedades viejas.

El éxito obtenido por Carlos Bello promovió en el ambiente santiaguino una emulación pálida que se expresó en el drama *Ernesto* del literato español Rafael Minvielle, que se representó el 9 de octubre de 1842. Minvielle compuso también una comedia en dos actos y en prosa con el título de *Ya no voy a California*. Se estrenó el 28 de diciembre de 1848, en el Teatro de la República.

Las ideas románticas sacudieron un poco a los autores criollos, pero entonces como ahora, no fue el género dramático lo más representativo del genio chileno. Otras piezas que lograron éxito fueron *Pizarro*, tragedia en cinco actos de Sheridan, traducida en 1844 por don Juan García del Río; *Pablo Jones o el marinero misterioso*, drama en cinco actos de Alejandro Dumas, que *El Progreso* publicó como folletín en 1846, y *Matilde o el Mulato, Conde de Lugarto*, drama en cinco actos de Eugenio Sué, que vertió al castellano Manuel Zegers.

<sup>6</sup>Obras de D. F. Sarmiento. Tomo I. "Artículos Críticos y Literarios", 1841-1842. Santiago, 1887, pp. 353-358.



Se ha visto por la reacción que Carlos Bello promovía en la fecundísima mente de Sarmiento que es falso atribuir a Bello la exclusividad del rumbo de los estudios literarios en Chile, como lo ha pretendido cierta menguada crítica ceñida aún a los moldes hermosillescicos y sorda a toda sugestión estética. Sarmiento, en 1841, precedía con intuiciones certeras a los atisbos nacionalistas del discurso de Lastarria en la Sociedad Literaria de Santiago, el 3 de mayo de 1842.

Como resumen de todo lo discutido sobre el romanticismo se puede aún citar un artículo de Sarmiento, del 11 de febrero de 1842, en que analizaba, en síntesis, el teatro en la temporada que en ese momento concluía. Decía el autor del *Facundo*: "Todos los teatros europeos han sido puestos en requisición para dar pábulo a la sed del público por el espectáculo teatral; y Víctor Hugo y Larra, Dumas y Bretón de los Herreros, Dumas y Vega, de quien el cartel no se ha descuidado nunca de hacernos saber que es argentino, han presentado humildemente sus producciones a la crítica y los aplausos de nuestro buen público. Los románticos más descabellados se han hombreado en la escena con los más severos críticos, y a tal punto de embrollo ha subido la mescolanza de piezas de diversas naciones, gustos, edades y escuelas, que no obstante lo mucho que de un año acá se ha hablado de romanticismo y de clasicismo, nadie ha entendido, ni de antemano lo sabía, lo que importan estas dos palabras rivales. Para las niñas, una rosa acomodada en el seno, con cierta coquetería y misterio, unos tirabuzones largos y flotantes en su sexo, y en el opuesto bando una corbata anudada con hábil descuido, posturas naturalmente negligentes y lenguaje culto sin parecerlo, es lo más romántico que jamás han visto. Para los viejos es romántico todo lo absurdo y todo lo exagerado, las doctrinas nuevas, la moda y los principios liberales; los jóvenes llaman clásicas a las feas, a las medianamente viejas, y a la cuaresma, cierta clase de casadas, etc."<sup>7</sup>.

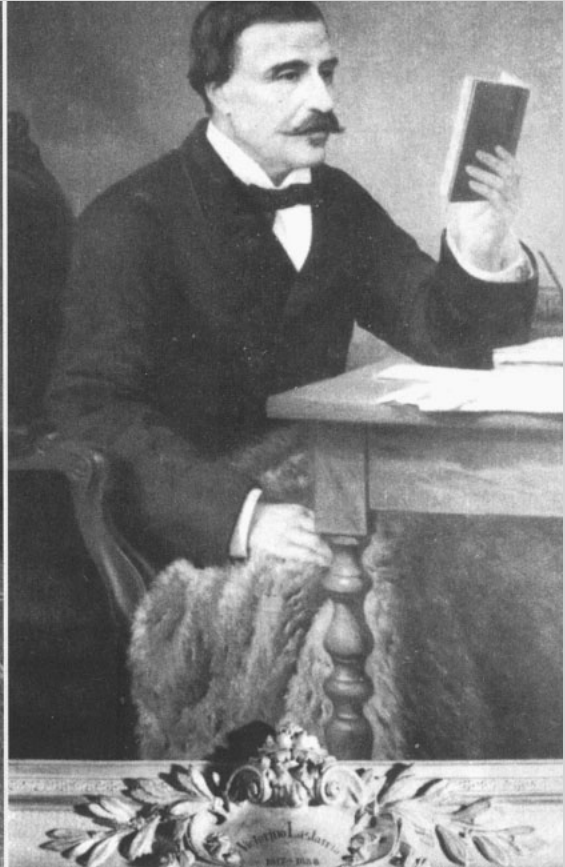
Todo conspiraba en este tiempo, preñado de disolventes influjos para provocar un cambio en el rumbo de las ideas. El romanticismo político y literario llegaban a Chile con bastante retraso si se toma en cuenta que Esteban Echeverría ya había esbozado su criollismo nacionalista, de raíz romántica, en Argentina. En 1834, Echeverría publica *Los consuelos* y piensa en un medio en que aún perdura el siglo XVIII como un hombre del siglo XIX<sup>8</sup>.

<sup>7</sup>D. F. Sarmiento, "El teatro durante el año 1841", en *Obras*. Tomo I. Santiago, 1887, pp. 344-348. Vid. además Ismael Moya, *El americanismo en el teatro y la prédica de Sarmiento*. Buenos Aires, 1939.

<sup>8</sup>Abel Cháneton, "Introducción a la vida contradictoria de Esteban Echeverría" en *La Nación* de Buenos Aires, domingo 5 de mayo de 1940. Vid. además artículos de Angel J. Battistessa en *Logos*, Buenos Aires, 1942, N° 1. Las ideas de Echeverría en el romanticismo argentino han sido estudiadas por Jorge Max Rohde en *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, 4 vols. 1922-1926 y por Raúl A. Orgaz en *Echeverría y el Saint-Simonismo*, Córdoba, 1934.



J.J. de Mora.



J. V. Lastarria.



Juan Bello.



D. F. Sarmiento.

El americanismo del autor de *La cautiva* se expresaba así: “el arte americano debe buscar en las profundidades de la conciencia y el corazón el verbo de una inspiración que armonice con la virgen naturaleza americana”. En las notas de *Los consuelos* agregaba estas curiosas palabras que coincidirían con las de Lastarria y Sarmiento, en 1841 y 1842: “La poesía entre nosotros aún no ha llegado a adquirir el influjo y la prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, y que hoy goza entre las cultas naciones europeas; preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de las ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina y hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca”<sup>9</sup>.

En la Argentina, el romanticismo se recibió directamente de Francia, con toda su ideología social y estética, al revés de otras repúblicas americanas, como Chile, donde se infiltra desde España, y es sometido a la ordenación de los clásicos y neoclásicos que resistieron sus avances desordenados. Ya hemos visto en nuestro país cómo Bello y Lastarria frenaron los excesos de los románticos y acomodaron sus impulsos a la índole más reposada del temperamento nacional.

Las ideas filosóficas de Bello tuvieron, entre nosotros, menos originalidad que las de Lastarria y un más temperado proselitismo. Es curioso observar que Bello en el aspecto filosófico es de una fecundidad más ineficaz que en el campo literario y jurídico, donde ejerció una verdadera dictadura. Según Caro, Bello se alistó en la escuela espiritualista de Cousin; tradujo y comentó a Locke, y siguió con reservas en ciertos puntos metafísicos a Berkeley. Ya se había disciplinado en estas materias en Caracas y amplió su cultura ideológica en Europa. Pero Bello no necesitó buscar prosélitos porque la índole de su carácter estaba acomodada a un magisterio que pocos discutieron en Chile. Y, por otra parte, en el conjunto de una vastísima obra lo filosófico cede el paso a lo filológico, al derecho internacional y a lo literario. Antes que él, cuya aparición en Chile data de julio de 1829, se ostentaba indiscutido el dominio de los neoclásicos. Don Ventura Blanco Encalada llegó de España en 1821 y dirigió los estudios literarios de la primera poetisa doña Mercedes Marín del Solar. La hizo leer a Alfieri, a Byron, a Fray Luis

<sup>9</sup>Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, *Juicio crítico de algunos poetas hispanoamericanos*. Santiago, 1861.



de León, a Quintana y a Meléndez Valdés, pero sobre todo a Arriaza, cuyo influjo fue muy grande entre nosotros. En 1837, según anota Miguel Luis Amunátegui, Arriaza tenía en Chile el cetro de la moda poética. Todavía no había llegado el imperio de Hugo y de Musset, de Espronceda y de Zorrilla. Se apunta, en Sanfuentes, la misma y decisiva sugestión del prerromántico Juan Bautista Arriaza, que nació en Madrid en 1770. Fue éste el más clásico de los poetas de su generación y en el último tiempo ha merecido la atención de los nuevos poetas españoles, como Manuel Altolaguirre. Tiene hermosas poesías, como “Terpsícore o las gracias del baile”, y el soneto “La luna mientras duermes...”. Posee musicalidad y, como lo han visto Valbuena Prat y Altolaguirre, anticipa elementos románticos en su temática, como puede verse en estas estrofas:

Triste ciprés que entre las nubes meces  
tu obscura cima y tu letal verdor...

El éxito de Arriaza fue pronto desplazado por los románticos genuinos, pero es explicable su fina sugestión en los primeros pasos poéticos de Mercedes Marín del Solar y de Salvador Sanfuentes<sup>10</sup>.

Andrés Bello encontró más tarde que Salvador Sanfuentes se inspiraba en las *Leyendas españolas*, de don José Joaquín de Mora, que le llegaron al polígrafo venezolano al poco tiempo de haber sido impresas en Londres. Mora presentaba en ellas una afinidad con el *Beppo* y el *Don Juan* de Byron. Puede, entonces, afirmarse que este género de composiciones de índole romántica, que aparecían entonces novedosas en el idioma castellano, lograron influir en *El campanario*, de Salvador Sanfuentes. Nos llegaba Byron a través de los versos castellanos de Mora, que comentó en *El Araucano*, de noviembre de 1840, don Andrés Bello.

Las *Leyendas españolas* contenían veinte poemas narrativos con argumentos inspirados en sucesos históricos o en simples tradiciones nacionales peninsulares, verdaderas o fabulosas. Sirvieron a Mora, cuya índole era muy combativa, para intercalar en ellas disgresiones políticas, morales o literarias. Merecieron las *Leyendas españolas* elogios de Alberto Lira, de don Antonio Ferrer del Río, de Eugenio de Ochoa y de don Andrés Bello.

En Chile gozaron de bastante difusión y entre sus lectores estuvo don José Victorino Lastarria, que imitó el procedimiento de mezclar lo político y moral en sus escritos de costumbres.

Desde la llegada de Bello hasta su memorable discurso de 1843 en la

<sup>10</sup>M. L. Amunátegui, doña Mercedes Marín del Solar, p. 40. M. L. Amunátegui, don Salvador Sanfuentes.

instalación de la Universidad de Chile, se habían perfilado los primeros tratos de la poesía chilena en nuestro siglo XIX. El romanticismo heredó de los neoclásicos la admiración por el progreso humano que más tarde vemos en los versos de Guillermo Matta y de Luis Rodríguez Velasco. Andrés Bello publicó en la casa editorial de Manuel Rivadeneira un famoso *Canto elegíaco*, con el subtítulo de *El incendio de la Compañía*, que se dio a luz en 1841. Ya observó Miguel Antonio Caro en su estudio sobre la poesía de Bello que éste escribía poesías semirrománticas en clásico lenguaje. Sostenía el humanista venezolano que “se puede ensanchar en lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y ‘aun a las de la moda’, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio”. Sin embargo, la influencia romántica se transparentaba tanto en Bello, que en su *Canto elegíaco* finge una procesión de sombras. Como decía Caro, el uso de fantasmas es un signo grave de contagio: ya pisaba el poeta el terreno donde la novedad parte límites con la extravagancia.

La imaginación de Bello sintió en ese y en otros instantes de su vuelo que el contagio de Víctor Hugo era incontrarrestable. En *Las fantasmas* y *A Olimpo*, el traductor vistió lo lúgubre del romanticismo con formas de una delicadeza en que Cañete vio reminiscencias calderonianas. Siempre hubo, pues, en Andrés Bello una pugna febril entre la sugestión de Hugo, la melancolía romántica y el empaque clásico que le dictó las mejoras que vemos en *La Oración por todos*, de 1844.

Este matiz de la obra de Bello lo ha analizado, con gran erudición, un escritor moderno, Eduardo Crema, en sus ensayos sobre el drama artístico de Andrés Bello<sup>11</sup>.

Con buen juicio, Crema sostiene que Bello ha sido sometido por la personalidad violenta y tiránica de Víctor Hugo. Bello, al acercársele se encuentra a sí mismo. Será la época del *Olimpo* y de *La oración por todos*, en que la sensibilidad tierna de don Andrés Bello hallará el molde adaptado a sus imágenes y emociones, y ya no deformado por su primitiva erudición clásica.

Paralelamente a la influencia de Víctor Hugo, heraldo del progreso, surgió entre nosotros la moda de Larra, de Espronceda y de Zorrilla, de todos los cuales hay varias ediciones chilenas. Conocemos dos de Larra, una en dos tomos, que imprimió Rivadeneira en 1842 y que tuvo muchos suscriptores. En vista de su éxito se reimprimió la Colección de Artículos de Fíga-

<sup>11</sup>Eduardo Crema, “El drama artístico de Andrés Bello”, *Revista Venezolana de Cultura*, N<sup>os</sup> 1, 19, 22, 23 y 24, 1938-1940. Este juicio tiene analogías con lo que con rara intuición entendió Miguel Antonio Caro. Explica la evolución de Bello desde un clasicismo hasta un romanticismo moderado.

ro, en 1844, por *El Mercurio* de Valparaíso. Sarmiento comentó la primera edición y la segunda gozó de igual privanza entre los contemporáneos. De Espronceda publicaron *El diablo mundo* y *Poesías*, en una reimpresión de *El Mercurio* de Valparaíso, en 1844. Este famoso poema se había comenzado a publicar por entregas en España en el mes de octubre de 1840 y en ese mismo año se publicaron en la Península sus *Poesías*.

En Valparaíso se editaron también en seis entregas las poesías de Zorrilla: *Cantos del trovador*, *Vigilias del estío*, *La azucena silvestre*. Esta reimpresión hecha por el incansable *Mercurio* abarca los años 1843-1844. Los *Cantos del trovador*, en vista del suceso que lograron, se imprimieron de nuevo en 1844. En 1845, *El Mercurio* de Valparaíso editó *La azucena silvestre*, *Leyenda religiosa*, de José Zorrilla. Gozaba Zorrilla por su musicalidad de un prestigio inmenso. Cuenta Amunátegui que todos nuestros abuelos recitaban largas tiradas de *El puñal del godó*. Zorrilla obtuvo una resonancia comparable a la que en nuestros días consiguió Federico García Lorca. Don Eusebio Lillo comenzó su carrera poética imitando a Zorrilla y a Espronceda. Este primer período del autor de la Canción Nacional tiene, según don Miguel Luis Amunátegui, cierto “embolismo metafísico” y el lenguaje altisonante de los románticos exagerados.

Por el agotamiento de las ediciones nos explicamos el fervor que despertaban entre los lectores de las entregas de Rivadeneira, los poemas de los más populares románticos.

El *Himno al sol*, de Espronceda, era un verdadero canto de la exaltación romántica en que se ve la típica manera que imitan los poetas chilenos de un poco más tarde, como el primitivo Guillermo Blest Gana, Eusebio Lillo y Guillermo Matta. El segundo período de Espronceda es un afianzamiento del yo que entre los románticos era su única medida y su única norma, según lo ha apuntado Guillermo Díaz Plaja<sup>12</sup>.

En el origen de muchas ideas que actuaron más tarde, directa e indirectamente sobre la política y la sociedad chilena, es utilísimo señalar el que tuvo un escritor que debió conocer Lastarria, pero cuya difusión fue obra de Sarmiento. Nos referimos a Jean Louis Eugène Lerminier<sup>13</sup>. Con motivo

<sup>12</sup>Guillermo Díaz Plaja, *Introducción al estudio del romanticismo español*, p. 44, Madrid, 1936.

<sup>13</sup>Jean Louis Eugène Lerminier nació en París en 1803 y murió en esa misma ciudad en 1857. Estudió en Estrasburgo y después en Berlín. Redactó *El Globo* y tuvo, en su juventud, ideas liberales. En 1831 fue nombrado profesor de legislación comparada. Era un buen orador. Viró en sus ideas avanzadas y en 1838, bajo el ministerio Molé, aceptó el cargo de Relator del Consejo de Estado y la Cruz de la Legión de Honor. Salió de su cátedra por presión de los estudiantes. Volvió a ella en 1849. Dimitió de nuevo y se dedicó al periodismo en el último período de su existencia. Sus obras más famosas son: *Philosophie du droit* (1831), *Influence de la philosophie du XVIIIe siècle sur la législation et la sociabilité du XIXe siècle* (París, 1833); *Etudes d'histoire et de philosophie* (1836), y su *Introduction générale al etude du droit* (1820). Vid. Pierre Larousse, *Gran*



de un editorial publicado por Sarmiento en *El Mercurio* acerca del aniversario argentino, el 25 de mayo de 1842, el literato don Rafael Minvielle, con el seudónimo de Don Eleili, hizo una crítica en el mismo diario, con fecha 6 de junio. Sarmiento había citado un trozo del escritor francés, que era vastamente admirado entre los argentinos, pero discutido en Chile. En un nuevo artículo del 24 de junio de 1842, el polemista cuyano se refirió concretamente a Lerminier, reproduciendo el trozo que había motivado los reparos gramaticales y algunas fútiles observaciones de Minvielle. Lo importante que tiene este nuevo artículo es destacar las ideas de Lerminier, que no es ajeno a la elaboración de algunas posteriores de Sarmiento, que surgen en el *Facundo*. Dice Sarmiento, entre otras cosas, en el referido artículo del 24 de junio: “Prometí decir a ustedes, señores editores, quién es el autor de este bellissimo trozo, y lo haré. Mr. E. Lerminier es quien ha escrito esas palabras en el capítulo 32, parte 2ª de su obra titulada: *De la influencia de la filosofía del siglo XVIII sobre la legislación y la sociabilidad del siglo XIX*, publicada en París, en 1838”.

Para sostener sus puntos de vista, Sarmiento reproduce las opiniones que el escritor citado había provocado en personalidades tan autorizadas como Larra, Villemain, Pedro y Julio Leroux, Saint Beuve, Quinet, Juan Reynand, Saint Marc de Girardin y Lammenais. Es provechoso señalar un párrafo del artículo de Sarmiento en que se refiere a la difusión de las ideas de Lerminier en Chile: “¿Qué tal, señores editores, había sido hombre de importancia el señor Lerminier, eh? Pues a este Diabolo se le ocurrió dar cerviz al siglo XVIII, y ya Uds. ven que si la tuvo un siglo, la puede tener, aunque chiquita, un día, y que este día muy bien ha podido ser, como otro cualquiera, el 25 de mayo de 1810? ¿Qué dirán ahora, señores editores, los lectores del *Mercurio* de la profunda sabiduría y vastos conocimientos de aquel antiguo amigo de ustedes, don Eleili, que nos decía ex cátedra, que la idea de dar cerviz a un día o siglo no se le había ocurrido al mismo diablo? Y vean ustedes, se le había ocurrido a un Lerminier nada menos...”. Donde más claramente indica Sarmiento que Lerminier era ya conocido en Chile es en este otro párrafo: “¡Ea, jóvenes ilusos que habíais empezado a gustar y a admirar el estilo y las ideas de Lerminier, de Hugo, de Cousin y demás diablos de los de esta escuela ilusa, tirad esos libros y si queréis aprender

---

*Dictionnaire Universel du XIXe siècle*. Tomo X, p. 396. Sobre la influencia de Lerminier en América, ver Alberto Palcos, *Sarmiento*, Buenos Aires, 1939, p. 50; Cariolano Alberini, *Die Deutsche Philosophie in Argentinien*, Berlín, 1930; Coriolano Alberini, *La metafísica de Alberdi*, Archivos de la Universidad de Buenos Aires, junio-septiembre de 1934, pp. 233-239; Raúl A. Orgaz, *Alberdi y el historicismo*, Córdoba, 1937; y Américo Castro, “En torno al Facundo de Sarmiento”, *Sur*, N° 47, agosto de 1938.

estilo y nutrios de ideas y teorías vastas, esperad los remitidos que de cuando en cuando os quiera dar don Eleili”<sup>14</sup>.

Coinciden las lecturas nuevas que desperezan a los jóvenes chilenos con la inquietud que se concentra en la Sociedad Literaria de 1842. En ella desembocan los románticos en literatura y política, pero tenían al frente a los neoclásicos y a muchos, como Minvielle, que veían una profunda obscuridad en los filósofos franceses del romanticismo. La segunda polémica de 1842 es característica a este respecto y demuestra que López, el argentino, había alcanzado un grado de madurez mayor que el de sus adversarios chilenos, como Salvador Sanfuentes, cuya formación intelectual, a la sombra de Bello, lo encastilló en sus preferencias. A este respecto hay un documento curioso que es la profesión de fe de Sanfuentes al editor de la *América poética*, cuando dice: “Me reconozco deudor a la *Eneida*, de Virgilio, a *La Araucana*, de Ercilla, y a las tragedias de Juan Racine, del entusiasmo que desde primera juventud concebí por ella (la poesía)”.

Las ideas de la Sociedad Literaria de 1842 no han sido claramente analizadas. En sus componentes había románticos puros, neoclásicos, como Salvador Sanfuentes, enemigos de los argentinos y hombres que, como Lastarria, acabaron por hallar razón a los emigrados en sus afirmaciones renovadoras.

La Sociedad Literaria celebró ochenta y seis sesiones desde el 5 de marzo hasta el 1 de agosto de 1843. Llegó a tener 41 socios, entre los que había hombres notables, que más tarde fueron célebres, como Carlos y Juan Bello, Alvaro Covarrubias, Andrés y Jacinto Chacón, Juan N. Espejo, el más antiargentino de sus socios, Hermógenes Irisarri, José Victorino Lastarria, Santiago Lindsay, Manuel Antonio Matta, Anacleto Montt, Jovino Novoa, Pedro Palazuelos, Aníbal Pinto, Alejandro Reyes, Salvador Sanfuentes, José M. Torres, Cristóbal Valdés y Wenceslao Vial Guzmán.

En la sesión del 17 de marzo de 1842, se nombró una comisión compuesta de los socios Miguel Campino, Matías Ovalle, Andrés Chacón, o en su lugar Manuel Hurtado, y el secretario Francisco Bilbao, para que se diese parte a Lastarria de su nombramiento y se le manifestasen los deseos de la Sociedad “y le suplicase tuviese a bien dirigirla”. Lastarria sólo se incorporó a su seno el 3 de mayo de 1842, que fue la fecha en que dio lectura a su famoso discurso literario.

El ambiente de la juventud en esa época lo resume Lastarria en las siguientes palabras: “De 1835 a 42, toda la juventud distinguida de Santiago

<sup>14</sup>El artículo de Sarmiento sobre Lerminier se titula “¡Qué felicidad la de este mundo!” (Con-testación a don Eleili) y se halla en las *Obras*. Tomo I, pp. 265-271, 1887.

era casuista en derecho y purista y retórica en letras”. Se refiere en esto a la decisiva influencia que tuvo Bello, quien desde 1834 había enseñado a un escogido grupo de alumnos, gramática y literatura, derecho romano y español. El discurso del 3 de mayo de 1842 señaló una etapa de emancipación intelectual en que se difundieron nuevas concepciones literarias. Lastarria esbozó ahí varias teorías que cobraron vuelo en los escritores posteriores. Señaló la importancia de la ilustración dentro de un régimen de progreso. Aquí se muestra el aspecto dieciochesco, dogmático, de Lastarria, cuya formación neoclásica era adicta a las reglas estéticas. Pero también, en combinación con el formulismo, brota un acento nuevo: el que estimula a la originalidad e invita a los jóvenes chilenos a desembarazarse de los modelos. Es una incitación a buscar en la naturaleza lo mucho que ella ofrece y que antes no se había cultivado sino por excepción. “Vosotros tenéis mis ideas —dice— y convenís conmigo que nada será para Chile, la América toda, sin las luces. Me llamáis para que os ayude en vuestras tareas literarias, pero yo quisiera convidaros antes a discurrir acerca de lo que es entre nosotros la literatura, acerca de los modelos que hemos de proponernos para cultivarla, y también sobre el rumbo que debemos hacerle seguir para que sea provechosa al pueblo”.

No concibe Lastarria una literatura desvinculada de la realidad social y aquí aparecen muchos de los tópicos que el romanticismo había heredado del mundo neoclásico. Larra había dicho: “Libertad en literatura, como en las artes, como en las industrias, como en el comercio, como en la conciencia”<sup>15</sup>. Por eso Lastarria aconseja “servir al pueblo y alumbrarlo en su marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderoso”. Agrega: “Se dice que la literatura es la expresión de la sociedad, porque, en efecto, es el resorte que revela de una manera, la más explícita, las necesidades morales e intelectuales de los pueblos, es el cuadro en que están consignadas las ideas y pasiones, los gustos y opiniones, la religión y las preocupaciones de toda una generación”.

El escritor, en seguida, hace un balance de lo que ha sido la literatura chilena y encuentra que no corresponde a sus ambiciones. No ve en ella “el espejo en que se refleja nuestra nacionalidad”. En realidad, la literatura chilena, desde 1810 a 1842, se había agitado en un deficiente medio sin estímulos, donde prevalecían las polémicas personalistas y los arrestos políticos de escaso contenido ideológico o espiritual. Dice Lastarria: “Muy reducido es el catálogo de nuestros escritores de mérito; muy poco hemos hecho todavía por las letras...” Y añade: “¿Qué modelos literarios serán, pues, los

<sup>15</sup>Larra, Artículos (“Literatura”), p. 434, Barcelona, 1886.



más adecuados a nuestras circunstancias presentes? Vastos habían de ser mis conocimientos, y claro y atinado mi juicio para resolver tan importante cuestión; pero llámese arrogancia o lo que se quiera, debo deciros que muy poco tenemos que imitar: nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional”. Después pasa revista a la literatura heredada de España, cuyos cimientos morales rechaza su ideología liberal, pero aconseja no desdeñar el idioma castellano. La síntesis literaria del pensamiento de Lastarria es verter los asuntos originales del medio nacional en las formas de un estilo castellano. No olvidemos que Lastarria fue un maestro de estilo y que mereció este juicio de su adversario político Pedro Nolasco Cruz: “El estilo es claro, generalmente correcto y su giro muy elegante”<sup>16</sup>.

El discípulo de Bello no olvidaba los buenos modelos de la prosa castellana, pero su antiespañolismo social y político buscaba nuevos motivos de inspiración en la naturaleza americana, que ya había provocado a la imaginación de Echeverría en *La cautiva* (1837) y en las entonces inéditas páginas de *El matadero*, escrito probablemente en 1836 y exhumado entre sus papeles por Juan María Gutiérrez. José María Heredia ya había cantado la exuberancia de la naturaleza americana en su famosa poesía *En el Teocalli de Cholula*, donde el poeta contempla el color y la fecundidad de las campiñas que contrastan con las nevadas cimas de los volcanes. Esta composición fue escrita en 1820 y es una de las mejores visiones de la rica naturaleza americana. Andrés Bello, en la *Silva a la Zona Tórrida* también pintaba las galas y tesoros de la naturaleza tropical en un poema descriptivo y moral. Este aspecto de Lastarria, como precursor de nuevas maneras literarias en Chile, es indiscutible, a pesar de la obstinación de ambiguos escritores en presentarlo con limitada perspectiva. El estímulo que significó el discurso de 1842 se puede ver en los resultados que brotan, a la larga, del esfuerzo común de una generación que vio, de un modo nuevo, a la naturaleza chilena. Insistía más adelante Lastarria en la originalidad y añadía estas palabras: “No, señores, fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. Me preguntaréis qué pretendo decir con esto, y os responderé con el atinado escritor que acabo de citar (Artaud) que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre



Aníbal Pinto.

<sup>16</sup>Pedro N. Cruz, *Estudios sobre la literatura chilena*, tomo I, p. 63, Santiago, 1926.

en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas”. Exalta a continuación, el valor de la naturaleza americana en esta forma: “La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brinda”. El discurso termina, con cierto optimismo, augurando un más claro porvenir a la literatura nacional y sosteniendo que los miembros de la Sociedad han contraído “un empeño sacrosanto” para ayudarse mutuamente.

Las sesiones de la Sociedad Literaria desde que se incorporó Lastarria correspondieron a la esperanza puesta en su elección de caudillo intelectual. El 6 de mayo de 1842, Jacinto Chacón criticó una égloga de Menéndez Valdés. En otras sesiones se compartió la lectura de trabajos originales con críticas y lecturas organizadas bajo cierto método. Cristóbal Valdés, uno de sus animadores, hizo una crítica del *Macías* de Larra en la sesión del 13 de mayo. Los trabajos leídos eran sometidos a la revisión crítica de otros miembros. El 31 de mayo de 1842, Juan Bello leyó un discurso sobre la descripción del Egipto, en el que vemos cierta preocupación orientalista, que fue uno de los temas del romanticismo francés en Víctor Hugo y del español en el Padre Arolas. El 7 de junio, don Javier Rengifo leyó un estudio sobre la libertad de imprenta. El 10 de junio presentó Valdés una moción para que se redactara un periódico mensual, germen quizá de la idea de fundar *El Semanario* de Santiago, que no fue, como se ha dicho, obra directa de la Sociedad Literaria. El 22 de julio de 1842, don Anacleto Montt presentó a la Sociedad una comedia, cuyo texto no conocemos. Se perdieron muchas sesiones en futelezas y hasta se discutió y sometió a votación una cláusula que establecía la prohibición de fumar en la sala. El 30 de agosto se acordó lo siguiente: “Ningún socio podrá salirse a la calle durante la sesión, y si lo hiciese se considerará como inasistencia dicha salida”.

Se estableció que en un certamen en prosa se daría como premio las obras de Jovellanos, pero hubo dificultad para encontrarlas y se substituyó este galardón por *El espíritu del siglo*, de Martínez de la Rosa.

Un curioso rasgo de la Sociedad lo entraña el acuerdo tomado el 7 de octubre de 1842, que reza así: “Las sesiones se cierran mes y medio antes de Ceniza y se abren el viernes después de Ceniza y a la apertura de la sesión se pronunciará un discurso inaugural”.

El 21 de octubre fueron propuestos para socios los señores Carlos Bello y Juan N. Espejo, por Lastarria y Cristóbal Valdés. En el mes de noviembre de 1842 hubo mayor preocupación por el teatro. Juan Alemparte leyó su drama *El Juramento*; Hipólito Beauchemin dio a conocer la traducción de una pieza titulada *Las Románticas*, y Juan Bello otra con el nombre de *La venganza*. Hubo, más adelante, un original contratiempo. La Sociedad pretendió conseguir la representación del drama de Juan Bello, pero se opuso a

ello don Andrés, padre del joven poeta. La Sociedad nombró una comisión integrada por Andrés Chacón, Lindsay y Bilbao, con el objeto de solicitar de don Andrés Bello que hiciera cesar su prohibición al designio de hacer pública la pieza de su hijo. El 16 de diciembre, Andrés Chacón leyó una composición titulada *Carolina*, cuyo examen se encomendó a Irisarri. El 20 de diciembre se acordó comprar *La colmena*, periódico nuevo e interesante, como también los periódicos de Concepción.

Es curioso lo resuelto a comienzos de 1843. Se trató el 30 de abril del método que debía adoptarse para el estudio de la historia. Este asunto se resolvió el 4 de abril. Después de alguna discusión, se determinó: 1º Que todos los viernes hubiera lectura de historia, haciendo la de los pueblos antiguos, por Segur; la de la historia griega y romana, por Goldsmith; la de la Edad Media y Moderna, por Fleury; la de América, por Robertson, y principiando el Herder luego que parezca conveniente. Aquí aparece una indicación del auge que tuvo el filósofo de la historia, el alemán Herder, cuya influencia en Lastarria y en Sarmiento es digna de vasto análisis.

La Sociedad Literaria dejó de sesionar el 1 de agosto de 1843, pero su acción en el desarrollo ideológico de Chile se demuestra por el estudio atento de sus actas que, por desgracia, son escuetas, y no dejan mayor rastro de originales trabajos que allí se leyeron<sup>17</sup>.

El 28 de junio de 1843, Lastarria fue nombrado miembro de la Facultad de Humanidades de la Universidad y presentó la primera memoria histórica escrita en virtud de un acuerdo. Esta tiene como título *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. Su autor la compuso por especial encargo de don Andrés Bello.

Lastarria desarrolla aquí muchas de las ideas contenidas en su discurso del año anterior, que son importantes para apreciar su pensamiento. Se presenta como vocero de la civilización democrática y enjuicia el régimen colonial hispánico, que en Chile halló defensores convencidos en don Andrés Bello y en el escritor argentino Miguel Piñero. Este ensayo de Lastarria revela que Herder lo impresionó, pero de un modo contrario al que obró en el pensamiento de Sarmiento, cuya teoría histórica tiende a iniciar lo que llamaba "historia filosófica" y cuyo motivo parecía dar la clave del pasado y del porvenir. Herder fue vertido al francés por Edgard Quinet. Las *Ideas sobre la filosofía de la humanidad (Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit)* tendían a presentar la historia como una gran unidad con la que es posible llegar al conocimiento de la naturaleza humana en fases sucesivas. El optimismo de Sarmiento, como se ha visto por Raimundo Lida,



Carlos Bello.

<sup>17</sup>Las actas de la Sociedad Literaria se publicaron en los números 37 y 38 de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, correspondientes al primer y segundo trimestre de 1920.



Salvador Sanfuentes

es de origen herderiano y este influjo llegó hasta el escritor argentino por muy diversas rutas. En Lastarria había críticas a Herder y veía cierta ceguera en hallarla sujeta a leyes providenciales. Lastarria encontraba en el individuo una soberanía de juicio y de voluntad que constituye “la capacidad de obrar su propio bien y engrandecimiento, mientras que no ofenda a la justicia...” Hallaba, además, que el género humano tiene en su propia esencia “la capacidad de su perfección” y posee los elementos de su ventura. Lastarria entendió finamente el sentido reaccionario que las ideas de Herder podían tener en su providencialismo, a la vez que rechazaba la crítica que hacía el filósofo alemán a los ideales de la ilustración. En otros términos, Herder podía ser utilizado en contra de su teoría del progreso surgida del racionalismo dieciochesco y del siglo XIX. No tenemos aquí lugar a extendernos en la reacción que Herder produjo en espíritus tan vigorosos como los de Bello, Lastarria y Sarmiento, pero dejamos planteado un aspecto intenso en estas versiones americanas de su filosofía de la historia que otros críticos modernos han ahondado. Piñero, por su lado, al criticar a Lastarria, se prosternaba ante el “cuadro de los designios de la Providencia” que veía surgir de Herder y reconocía en él “el plan del universo entero”. Por otra parte, Coriolano Alberini estima que hubo más influencia de Herder a través de Quinet que desprendida del propio filósofo. El halago de Herder consiste en que entrevió muchos de los ideales románticos o, en otros términos, se anticipó a ellos<sup>18</sup>.

Lastarria había expresado opiniones favorables a Herder, pero limitando sus conclusiones. Por ejemplo, esta cita: “Yo miro a Herder como a uno de los escritores que han servido más inútilmente a la humanidad; él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Substituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social, sería darle una colección de aforismos, en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones de los grandes pueblos y de los grandes hombres. Lastarria quería combinar lo útil de Herder que, en cierto modo, lo impresionó, con la participación de la libertad del hombre

<sup>18</sup>Vid. Raimundo Lida, *Sarmiento y Herder*, University of California Press, 1941; Coriolano Alberini, *La metafísica de Alberdi*; José Victorino Lastarria, *Recuerdos literarios*, pp. 234-250; José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, p. 246; A. Bossert, *Herder, sa vie et son oeuvre*, 1916; Américo Castro, “En torno al *Facundo* de Sarmiento”, *Sur* N° 47; Hermann Schneider, *Filosofía de la historia*.



en la evolución humana. Pero Lastarria aún flotaba en una atmósfera metafísica que se transparenta en muchos de los aforismos que preceden a las *Investigaciones* de 1843. Rechazando el providencialismo de los herderianos, incurría en cierta contradicción al afirmar lo siguiente: “La Humanidad ha sido dotada por el Creador de libertad de acción. La Divinidad no ha impuesto al hombre otros límites que los que dependen del tiempo, del lugar y de sus propias facultades”. Añadía estas otras ideas que son el punto de partida de su historia providencialista que lo lleva, más tarde, a la historia científica: “Dios ha establecido al hombre como una divinidad en la tierra”; “La historia es el oráculo de que Dios se vale para revelar su sabiduría al mundo” y es “la antorcha de la divinidad”.

Y metiéndose con el régimen colonial, hallaba que en él “el pueblo estaba envilecido, anonadado y sin virtudes sociales, a lo menos ostensiblemente, porque sus instituciones políticas estaban calculadas para formar esclavos”. Agregaba unas pintorescas palabras: “Cayó el despotismo de los reyes, pero quedó el despotismo del pasado”. En los *Recuerdos literarios*, refiriéndose a este período de su vida vuelve a indicar su desacuerdo con las ideas providencialistas de Vico y de Herder, que fueron acogidas aquí por Bello y Piñero: “En estas concepciones teológicas de la historia desaparece la libertad del hombre y su progreso, como obra exclusiva de su actividad. De consiguiente, se anula también su responsabilidad. No hay filosofía en la historia y ésta no puede ser la ciencia de la humanidad”<sup>19</sup>.

El resultado del método aconsejado por Lastarria cayó en el vacío, porque su esquemática manera de ver la historia era contraria a la índole de los estudios documentales impuesta por Bello. Tiene frases en que reconoce su fracaso, cuando con amargura dice en los *Recuerdos literarios*: “El fracaso de 1844, lo confesamos, nos sobrecogió. No conocíamos, en efecto, escritor alguno que hubiera pensado como nosotros; y aunque en esos mismos momentos Augusto Comte terminaba la publicación de su *Cours de philosophie positive*, no teníamos ni la más remota noticia del nombre del ilustre filósofo, ni de su libro, ni de su sistema de la historia, que era el nuestro...”<sup>20</sup>. El 17 de junio de 1846, Edgard Quinet, el divulgador de Herder a través de su versión francesa que conocieron los hispanoamericanos, envió a Lastarria una breve carta en que le expresa “su alta estimación” por las obras que le mandó y entre las cuales estaban las discutidas *Investigaciones*.

El tiempo decapitó muchas de las ideas de Lastarria que participaban del optimismo de los ideólogos románticos. En Lastarria hay que escindir

<sup>19</sup>J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, 1885, p. 250.

<sup>20</sup>J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, 1885, p. 250.

el teórico de los primeros años, que sin compartir el vitalismo histórico de Sarmiento cree, como él, en la acción educativa, y el liberal, que persigue una ordenación política en los postreros años de su vida. Sarmiento sabía distinguir “entre el orden de las ideas y el orden de las cosas” y siente que el orden de las cosas es más complejo que el de las ideas.

En los últimos tiempos de su vida, como lo ha observado Ricardo Rojas, tiene frases desconcertantes y escribe un libro pesimista y contradictorio: *Conflictos y armonías de las razas en América*. La emigración no traía los perfeccionamientos morales que esperaba Sarmiento en épocas anteriores. No era cielo ni era azul... Al conocer a fondo los Estados Unidos había escrito: “La emigración europea es allí elemento de barbarie, ¡quién lo creyera!” El antiespañol Sarmiento llega a decir: “La España, nuestra patria común, padece del mismo mal nuestro”. Estaba Sarmiento muy lejano de su primitivo vitalismo histórico y del optimismo asombroso que asimiló de Herder a través de su versión francesa. Sarmiento busca, con desesperado ahínco, la última receta de su vasto formulismo sociológico: había ahora que “educar al soberano”. Sólo la educación podía corregir las taras que el tumulto emigratorio ponía en evidencia en Argentina<sup>21</sup>.

El proceso de rectificación de Lastarria nos coloca ante una segunda efígie de su pensamiento vivo que con los años toma contornos de gran severidad. Pero nunca traiciona su gran fe en el progreso que no comparte en lo que concierne a las deficiencias de nuestro régimen democrático.

Se sale un poco de la índole del presente ensayo ver las últimas consecuencias del pensamiento de Lastarria, cuando alcanza su madurez decisiva en 1874 en las *Lecciones de política positiva*. Pero había, en cierto modo, repuntado algo de lo que él patrocinó en 1843. Se intentó una interpretación filosófica de los hechos históricos en *Los precursores de la Independencia en Chile* de Amunátegui, cuya publicación duró desde 1870 a 1872.

En lo político, siempre fue Lastarria una cima solitaria a la que sólo de paso se allegaron los filisteos de los partidos. No entendió nunca los métodos revolucionarios y no participó en los intentos de rebelión de 1851 y de 1859, pero de igual manera fue perseguido por los conservadores que no aceptaban su fiero individualismo. Así como Sarmiento concebía a la educación como un gigantesco instrumento de transformación social, a través de sus impulsos vitalísimos, Lastarria entendía a la reforma política como algo vinculado al derecho y su severo culto. En *El manuscrito del diablo*, de estirpe alegórica y dieciochesca, ridiculizaba a la superstición y al fanatismo. “Un espíritu restrictivo y apocado, mucha santinomia, un apego ciego

<sup>21</sup>Ricardo Rojas, *El pensamiento vivo de Sarmiento*, Prólogo, pp. 25-30, Buenos Aires, 1941.

a todo lo que es retrógrado, y horror a las reformas, hipocresía, disimulo, son las virtudes del hombre de orden (denominación con la cual se ha honrado y disfrazado al partido retrógrado); si a ello se agrega la nobleza de sangre, o alguna riqueza, o tal cual inteligencia, el hombre de orden tiene todos los títulos necesarios para ser aristócrata y enrolarse en la primera clase, como miembro nato. Pero el aristócrata, el hombre rico o de talento, que en la administración, en la prensa o en la conversación familiar se muestra reformista, franco, liberal, ese lo pierde todo: no inspira confianza, es un calavera, hasta un hereje, según las circunstancias, y es borrado del libro de oro en que sus antecedentes lo habían colocado”.

Aquí Lastarria habla con cierto acento personal. Conoció, como pocos, los desdenes de la clase alta y sufrió persecuciones e injusticias. Don Manuel Montt le dijo, en cierta ocasión, con inexplicable violencia: “Pobre mozo de ayer, sin estampa para sufrir el ridículo”. La egolatría de Lastarria lo hacía reaccionar, como en el muy conocido episodio de Jotabeche, pero esto se explica por la firme idea que tenía de su valer en un ambiente que, a menudo, era incomprensivo y cerril.

Lastarria esbozó un intento de rectificación al liberalismo en su memorable *Plan de reorganización del Partido Liberal*, de 1850. Ahí sostenía que la oposición no existe, porque carece de fuerzas y de opinión. Agregaba que la oposición carece de fuerzas: 1º porque no tiene dirección ni tiene un caudillo; 2º porque no tiene organización; 3º porque no tiene fondos; 4º porque no tiene unidad. II. La oposición tampoco tiene unidad: 1º porque no tiene sistema. Hemos publicado un programa, pero el programa no es sino la primera base del sistema, no es el sistema mismo. Esos principios expuestos en un programa quedan escritos en un papel, que no se vuelve a leer después de publicado y, por consiguiente, se olvida. Un partido que no tiene la unidad, la lógica, la conciencia que son siempre los defectos de un sistema, no puede inspirar fe ni a los adeptos ni a los imparciales. Si los más comprometidos se desalientan ¿qué podemos esperar del pueblo? 2º Porque no inspira interés. Los ministeriales tienen todos interés en conservarse en el puesto y afectan defender un interés nacional. Los individuos de la oposición no tenemos un interés personal. 3º Porque no tiene relaciones. Si la oposición tuviera afiliados en las provincias, podría esperar formarse una opinión, a pesar de su mal estado. Pero ¿qué podemos oponer nosotros a la acción siempre constante de los infinitos empleados de la jerarquía administrativa?

En estas agudas palabras en que Lastarria se muestra un estratega del liberalismo, vemos oponerse el doctrinarismo al sentido vago y demagógico que, como resabio pipiolo, alienta aún a sus contemporáneos de la oposición. Si Lastarria no llegó a desarrollar una mayor acción fue porque su carácter y sus convicciones se lo impedían, pero tuvo el sentido organizador del liberalismo que, más tarde, en la época de Balmaceda, afrontó una crisis fatal.

Reemplazaba al quimérico pipiolismo de los que Portales llamaba “los pelagianos” con una voluntad ordenadora que, en sus últimos años, se acentúa. Las ideas de 1842 han recibido una nueva versión, más depurada. Estamos aquí en uno de los instantes de crisis del que ha sido estimado como un “doctrinario absoluto” por los que no conocen las complejidades de su evolución política, Esta crisis percibida en Lastarria, lo asemeja a Juan Bautista Alberdi, cuando observa en los unitarios argentinos, que son semejantes a los pipiolos chilenos: una incapacidad realizadora. Alberdi indica que los unitarios, como nuestros liberales de 1850, tienen ideales de civilización, pero no tienen capacidad técnica social. Es el drama que acongoja a ambos pensadores y los doblega ante las interrogaciones históricas que se plantean ante sus patrias respectivas.

Alberdi –según Alberini– quedó, en política, a merced de dos factores funestos: el instinto silvestre del federalismo y la vacuidad histórica de la petulancia unitaria<sup>22</sup>. En Lastarria tuvo que operarse una reacción semejante al chocar su mente positiva contra las abstracciones quiméricas de los liberales de 1850 y al recibir la incompreensión sorda de los hombres que marcó en *El manuscrito del diablo*.

No hallamos agotado este punto de vista que hemos sondeado en vastísimos paralelismos. Se ganaría en la comprensión mejor de los fenómenos sociales posteriores al idealismo romántico de 1842, cotejando sus resultados postreros con los desengaños que tuvieron los grandes emigrados argentinos, como Alberdi y Sarmiento, al chocar con la realidad de su patria, aun asaltada por los caudillos y ensombrecida por los prejuicios.

La idea del progreso en los románticos tiene variantes y desviaciones que aún no se han visto en un panorama de conjunto. Desde el sueño utopista de los románticos sociales, como Santiago Arcos y Francisco Bilbao, hasta el historicismo de Vicente Fidel López, que tan mal comprendido fue en la segunda polémica de 1842. Desde el romanticismo exclusivamente literario, influido por las desviaciones progresistas del neoclasicismo español y francés hasta la metafísica espiritualista de Alberdi, percibida finalmente por Alberini y glosada por Américo Castro. Desde el vitalismo histórico herderiano de Sarmiento hasta el eticismo político de Lastarria, del que pueden extraerse cincelados pensamientos morales. Desde el costumbrismo pictórico de Lastarria, Jotabeche, Sarmiento, Román Fritis, Vicente Reyes, Marcial González, Alberto Blest Gana, hasta la poesía demoníaca que ensayó entre nosotros Guillermo Matta, en 1853.

<sup>22</sup>Coroliano Alberini, *La metafísica de Alberdi*.



Tales fueron algunas de las consecuencias de este movimiento, más vasto en sus vibraciones postreras que el transitorio remolino de las dos polémicas de 1842, la de abril y la de junio de ese animadísimo año. En otra parte estudiaremos las polémicas y sus aspectos más fundamentales, pero hallamos necesario indicar que sin los argentinos es probable que la intensidad del pensamiento nacional hubiera sido menor. El sistema histórico de Lastarria recibió un vuelco absoluto cuando, en 1868, conoce el pensamiento filosófico de Comte. Había llegado entonces a su plena madurez intelectual y dominaba las ideas generales con una versación de que da holgada muestra su *Historia Constitucional del medio siglo*, en 1853.

Las últimas consecuencias del movimiento de 1842 se percibían en el rumbo de los estudios. La novela nacional era una realidad en 1860, con la publicación de *La aritmética en el amor*, de Alberto Blest Gana. La poesía chilena sin sorprender por su originalidad, era cultivada por una docena de discretos líricos. La historia y la jurisprudencia exhibían obras de calidad. Lo que Lastarria echaba de menos en su discurso de la Sociedad Literaria comenzaba a ser una verdad: los temas originales brotaban con fuerza al conjuro de muchas voluntades creadoras.

